

homenaje de justicia y gratitud a los artistas que han trabajado en la capilla.

Puede usted hacer de esta carta el uso que a bien tenga.

Me complazco en suscribirme de usted, atento servidor y amigo,

R. M. CARRASQUILLA

LA CHOZA DESIERTA

(A Ricardo Acevedo Bernal)

El complicado mundo interior que con mudanzas más o menos accidentales subsiste en cada uno de nosotros, está compenetrado con el mundo exterior mucho más de lo que pudiera sospecharse. Si por una parte los varios estados de ánimo dan aspecto distinto a los objetos que nos rodean, también es un hecho interesante el poder que tienen ellos para cambiar esos estados a pesar nuestro, sin que logremos fácilmente sustraernos a su dominio.

Es así como el influjo mutuo del alma y el cuerpo se extiende fuera de nosotros mismos: el universo se nos incorpora, y nuestra personalidad lo anima intensamente.

¿Por qué la sola falta de luz en un aposento causa pavor o tristeza, y el panorama de una llanura parece que ensancha el espíritu? ¿Por qué un tronco escueto y un nido destrozado pueden sugerir tanto, aun a observadores poco sentimentales? ¿Será únicamente asociación de ideas lo que da idioma tan rico al golpear de las aguas, al soplar de las brisas y al caer de las hojas? ¿Cómo explicar el dón de lenguas que poseen las artes bellas, especialmente la música?

Harto se ha repetido que todo paisaje traduce situaciones personales: fórmula que en otro orden amplía Thibauld diciendo: «No temamos atribuir a los artistas antiguos, ideales que nunca tuvieron. Para admirar se requiere un poco de ilusión; y quien comprende una obra maestra, la crea en sí mismo de nuevo. Pero unas mismas obras se reflejan diversamente en las almas que las contemplan; y cada generación busca emociones nuevas en los trabajos de los viejos maestros. Y el espectador más apto será aquel que a trueque de tal o cual feliz contrasentido sepa encontrar la emoción más pura y más intensa. Por esto la humanidad no se apasiona sino por obras de arte que sean un tanto oscuras, y en consecuencia susceptibles de interpretaciones diversas.»

Así lo han entendido unos cuantos modernos, y han procurado copiar escenas agrestes desconocidas antes. Principalmente algunos coloristas rusos y escandinavos se ejercitan representando sitios ignorados de la región natal. Ora son los despoblados de Ucrania que holló el corcel de Mazeppa y apenas hoy cruza el mujik fugitivo; ya son las playas de Crimea, dignas de la pluma de un Gogol y reveladas ahora por el pincel de Svetoslavsky; mientras Endogurof prefiere los jarales cenagosos donde inviernan peregrinas las grullas.

El sueco Liljefors también ha seguido el paso de las ocas hurañas a través de las brozas; ha descubierto en el pinar los nidos de las cornejas, y sorprendido el águila marina refocilandó en seguro a sus hijuelos sobre un picacho del Mélar.

Por un motivo igual nos halagan los cuadros del poema donde Heredia pinta la retirada costa bretona con sus menires y landas que la tradición céltica pobló de enanos, hadas y demonios errantes. Aquí como allí fascinan las soledades campestres. Si ofrecen fases enigmá-

ticas, su descripción no puede menos de cautivar, cual sucede con los mejores cantos de Goldsmith en su *Deserted Village*. Siempre y dondequiera fue más seductora que repulsiva la melancolía de los lugares desamparados por el hombre.

Pero de todos ellos, pocos espectáculos hay tan melancólicos como el de una cabaña solitaria y abandonada en la orilla del camino. Aquello es un cadáver de vivienda, para no llamarlo tumba de recuerdos o mansión del olvido, sin el movimiento, la bulla y la alegría de sus habitantes ausentes. No de otra imagen se valió Isaías para ponderar la futura devastación de Israel, cuando comparaba a Sión con el vetusto cobertizo de los viñedos, o con el tugurio perdido en medio de un melonar: *ut umbraculum in vinea, et sicut tugurium in cucumerario*.

Cuántas barracas hay así por esos atajos, y cuán variadas impresiones produce su vista según los parajes donde se encuentran! Con alguna topé cierta vez en los confines de un llano árido y desolado. El tamo compacto del techo hundido a medias confundía su color pardo con el de los vastos rastrojales circunvecinos. De un lado asomaba oblicua la punta de madero carcomido en que no posaban jamás los pajarillos; del otro se agitaban convulsamente tres o cuatro tufos de yerbas parásitas. Por la carretera nadie transitaba. Ninguna perdiz piaba en los barbechos. Voz alguna de viviente no llegaba de cerca ni de lejos.

La imaginación se complacía en reconstruir el humilde pasado de aquella ruina que en otro tiempo asiló a toda una familia pacífica de labriegos. ¿Dónde estaba la madre hacendosa y el antiguo dueño del plantío? Ha cesado el alboroto de los rapaces. En torno ya no discurren las aves domésticas. Calló para siempre el gallardo anunciador del alba; enmudecieron los canes

vigilantes, y el aura resbala quejumbrosa por las hendiduras de la desvencijada portezuela, dispersando adentro las cenizas del hogar apagado.

En lo recóndito de la montaña suelen descubrirse casuchas inhabitables, que a punto de derrumbarse invadidas por la maleza, se trocaron en madriguera de sabandijas. El caminante, sorprendido por la borrasca, evita refugiarse en ellas, temiendo el hallazgo de la víbora oculta entre los húmedos rincones. Los rastros del humo extinguido, los bejucos que cunden trepadores y cuelgan festoneando el alero, el cercado que vacila, los rezagos de utensilios diseminados ante el umbral, las emanaciones acres del moho, todo contribuye a dar al huérfano domicilio la más lúgubre apariencia.

En los repliegues de los páramos llenos de brumas, a la margen del torrente salvaje, al borde casi del barranco, en las crestas remotas, los escombros dichos suscitan historias incógnitas de amores, regocijos y crímenes encubiertos por el secreto de la soledad, y asociados a sortilegios o a medrosas apariciones de ultratumba durante el silencio de las tinieblas. En verdad, nada hay semejante al misterio que envuelve esas moradas vacías: como si una maldición fatídica pesara sobre tales albergues de sombras y de bichos nocturnos. Y el viandante cauto pasa de largo santiguándose quizás o mirándolos de soslayo. Mas este misterio tiene su atractivo singular, del que no saben esquivarse los curiosos errabundos que gustan viajar a solas con buen equipo de ensueños. Si queréis despertarlos, id a buscar una choza desierta. Más de un idilio extraño, más de un drama conturbador se han inspirado al arrimo de sus paredes musgosas, mientras los vientos sacudían en derredor los matorrales, y arrancaban de la oscuridad del recinto algún eco lastimero.

JUAN CRISOSTOMO GARCIA
Presbítero.